

Cycle mind

Ecos, reminiscencias de gritos de auxilio se colaban por la ventana de la derruida biblioteca. El viejo cerró una de las ventanas que daban a un patio interior y arrojó a su pequeña esperanza, su nieta. Ya no quedaba gente con tiempo para leer, pero para ellos era tan importante como respirar.

“El pulso se acelera. Las constantes vitales se sincronizan frenéticas en un último intento por sobrevivir. De nada sirve. Los corazones estallan uno tras otro hasta que la ciudad se convierte en un despojo de ruinas cadavéricas. Pero siempre sobrevive alguien, o algo. Llamémoslo conciencia universal, cósmica. Así será esta ciudad, ahora repleta de ingenuos universitarios muertos, en el mejor caso dormidos, sedientos de un futuro mejor... remunerado.”

El anciano dejó de disertar en voz alta. Estaba exhausto. Predecir el futuro es algo agotador, especialmente para un terrícola de tan avanzada edad. La pequeña, por su parte, dormía en el colchón de agua con cara de preocupación. Algún día tendría que elegir su camino; intentaría salvar la ciudad pero no estaba claro que estuviera a tiempo de evitar la explosión. Como ya se sabe, nadie puede detener el paso del tiempo.

Y casi nadie puede frenar el curso de un mundo, de una ciudad que todos se empeñan en empujar en la dirección equivocada... El viejo lo sabía, pero se conformó con encender un cigarro amarillento. Tener la certeza de que el rumbo catastrófico de tu propia vida, de la propia humanidad enferma, no se puede cambiar resulta definitivamente agotador. Todo terminaría, eso estaba claro. Y quizá fuera mejor así, pero... ¿después qué?

El tiempo, impasible como una flecha, va apuñalando la estructura del espacio con las finas agujas de los minutos. En esta ciudad, antaño dominada por engreídos “*cogito ergo sum*”, no queda mucho ya: una sensación de conciencia perdida, de conocimientos desperdigados por el aire, expandiéndose sin un recipiente donde contenerse.

Pero el presente no se merece más que unas notas a pie de página. Poco importa el ahora; la ciudad se encamina sola, temerosa y sin descanso hacia un futuro improbable. Comienza a tener sentido por y para sí misma, sin necesidad de autodestruirse ni de perder un tiempo sin significado. La ciudad se comprende a sí misma, llega a ese punto de madurez que sólo es señal de una cosa: vejez. El ciclo se cierra.

Otro nuevo ciclo empieza.